

CLAUDIO HERNÁNDEZ



LA CAÍDA DE  
AQUILAE

# LA CAÍDA DE AQUILAE

Claudio Hernández

Primera edición eBook: julio, 2020.

Título: LA CAÍDA DE AQUILAE

© 2020 Claudio Hernández

© 2020 Diseño de cubierta: Higinia María

Código Safe Creative: 2006054322110



Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

*Este libro se lo dedico a mi esposa Mary, quien aguanta cada día niñeces como esta. Y espero que nunca deje de hacerlo. Esta vez me he embarcado en otra aventura que empecé en mi niñez y que, con tesón y apoyo, he terminado. Otro sueño hecho realidad. Ella dice que, a veces, brillo... A veces... Y aquí estoy de nuevo... Pero en esta segunda edición existe una persona muy importante para mí, y ella es Sheila, quien ha leído todas mis obras, y en esta ocasión-como en muchas-se ha encargado de corregir todo el manuscrito.. Y a mi padre Ángel, que desde el cielo me está cuidando...*

*Las enseñas de Roma : aquilae vexilla et signa*

*El AQUILA de las legiones*

*Traducción para «aquilae» al español idioma: «águila» — Latin-español. ... "aquilae"*

*Las águilas acompañaban a las legiones romanas a todas partes y estaban asignadas a la primera cohorte. Eran un símbolo de orgullo, pertenencia y adhesión a la legión. También se las consideraban un objeto de culto. Junto al águila el famoso acrónimo SPQR (Senātus Populusque Rōmānus 'El Senado y el Pueblo Romano').*

*Denario de plata con el simbolo de Aquila*

# LA CAÍDA DE AQUILAE

1

Las huellas siempre quedan.

El sol estaba radiante —como de costumbre— en mi pueblo natal, bello y lleno de historia. Tengo el pulso débil y, fíjate tú, he decidido escribir a mis ochenta años. Pero creo que merece la pena. He indagado en la profundidad del corazón de mi ciudad y me he encontrado con tantos secretos que ni yo misma puedo ocultar. Ahora veo una montaña a lo lejos, desde el cristal de mi ventana, y a veces, en la siniestra nube que parece un fuego elevándose hacia el cielo, me muestra algún que otro edificio. Los puñeteros no han construido la Residencia mirando al sur, a la playa, al *pico de la Aguilica*. Hacia el castillo San Juan de las Águilas, que sigue resistiendo siglos, imponente, desde lo alto de una pequeña montaña que se come el mar embravecido. Desde el reinado de los romanos, los piratas y los árabes. Siempre estuvo allí.

Y la historia siempre ha existido.

Pero las personas se van.

Y yo.

Yo quiero contaros la caída del Imperio romano de Aquilae y una bella historia de amor. Imposible, sí. Pero cierta. Algo que supuso un punto y aparte en la Historia. Giró como una peonza y rompió muchos estatutos y normas. Pero al fin y al cabo era el amor imposible del capitán romano Inisio y la pobre esclava Sisha. Así que voy a escribir como pueda, con estas gafas tan grandes y estos bolígrafos tan pequeños.

Esta es la historia.

2

Después de todo, en el siglo III d. C. comenzó a florecer la cultura romana en Águilas. Mientras que la legión —capitaneada por el cruel y despiadado Inisio, cual gladiador—nunca existió más que para hacer reír a la gente de Roma, este hombre, de fortaleza descomunal y barba espesa, solo conocía la sangre en el filo de su espada: tan pesada como las posaderas de su caballo Romin. Un hombre que hacía sacar de quicio —en una burla— al propio emperador de Roma, quien se había acomodado en una cama de lustro, cubierta de sedas, al igual que Nerón dos siglos atrás, o Vitelio —cuyos nombres se habían lapidado en piedra caliza— tras crear «*El días natalis aquilae de la Legio I Italica*», con al menos cuatro bestias como valor para identificar su símbolo de poder.

Eso era una legión, e Inisio estaba en otra. Pero mucho, mucho después, envuelto en una gran nube de polvo y arena que los caballos, al galopar, lanzaban por detrás, como las ruedas de los coches de fórmula 1 —algo nada comparable en esa época—, o quizá como un tornado en medio de una tierra seca, después de su gloria, tras la caída de la Cartagena púnica, tenía que cumplir su última locura. Porque todas su decisiones en el reinado de Aquilae eran puro terror.

Conquistar Águilas y matar a cuantos se resistieran.

El anciano aguileño tenía la mano como visera sobre sus pobladas cejas, y, resoplando, dijo:

—Se acercan. Y muy rápido.

El anciano, con rostro oscuro y piel curtida por el sol, se dio media vuelta con el corazón fuera del pecho y caminó cojeando hacia la multitud. El jolgorio era tal que podía confundirse con el

galopante ruido de todo un batallón con siluetas, que crecía de forma amorfa.

Podían verse los dientes de los caballos y de los romanos. Tan blancos y apretados como dos piedras una encima de la otra. El sol lucía en un cielo celeste; y, abajo, en la Tierra, todo era luz sobre la aridez de la arena. Pero pronto habría sangre. Tanta que Águilas se teñiría de rojo.

El mar estaba zozobrando ante la llegada de aquellos monstruos y las algas quisieron escapar de las orillas hacia adentro para no degustar el sabor empalagoso de la sangre. El castillo seguía ahí. Imponente, y mirando con su ojo bizco. Había sido reconstruido varias veces y en cada una de ellas le crecía un apéndice.

El ala este estaba ajena a todo el ajetreo, debido a que miraba hacia el otro lado del mar. Mucho más lejos, y donde las olas no existían más que cuando llovía una o dos veces al año.

El perturbador ruido crecía sin cesar, y en los oídos de aquellos pobres desgraciados se escuchaban los gritos de los soldados y los llantos de los niños.

Pero, sin duda alguna, eso no iba a ser el fin.

### 3

—¿Está usted escribiendo una poesía? —preguntó Ana, una de las auxiliares de geriatría. Yo la llamaba así, porque dentro de este orden comunal había tantos títulos y distinciones que me perdía, y al final acababa llamándolas por ese nombre, o por el de “mi médico”. Alcé la vista y la miré fijamente.

—No es una poesía —respondí. Recuerdo que le mostré una leve sonrisa, pero albergando a la vez, dentro de ella, algo sórdido y

doloroso como la soledad y los recuerdos que se evaporaban como el humo de la leña en el fuego.

Ella agachó la cabeza para mirar mi libreta.

—Elena. Esto es una historia cualquiera —me dijo, al tiempo que se apartaba el cabello que la envolvía sus ojos.

—No, claro que no. Es una novela histórica —le expliqué, en un día que tenía mal humor. «Esto es fruto de la maldita pérdida de los seres queridos», pensé. Es por ello que querer recordar es despertar el alma adormecida y eso duele. Mucho. Agaché la cabeza y posé literalmente mis ojos sobre aquellas letras irregulares —. ¿Crees en el amor?

—Sí, claro —acució ella. Se había despertado la sonrisa tonta. Sin mirarla, me di cuenta de que mostraba todos sus dientes blancos.

—No me refiero a follar —le dije, con total vehemencia. Desde luego que ese día no estaba yo de muy buen humor, porque sabía que... Eso tenía una explicación.

Ella, alarmada y con los brazos en jarra mientras movía la cabeza como si la tuviera atada a un muelle, dijo:

—Esas palabrotas no se dicen.

—A mí me vas a enseñar —contesté, y por sorpresa sonreí un poco, pero lo cierto es que aquello me pareció más un rictus malévolo.

Sí, era eso.

—Claro, porque tenga cierta edad no significa que...

—No significa que cuando usted haya venido, ¿yo haya ido tres veces?

Esta vez sí la miré.

Tenía unos ojos preciosos y sus labios estaban arrugados ahora, como dos morcillas de esas rojas, pisoteadas.

—Bueno. Viéndolo así...

—No se preocupe —le corté alzando mi mano izquierda. A través de la luz del sol me di cuenta de que mis hematomas eran cada vez más oscuros—. Le contaré un secreto —mentí.

Ella se arrodilló ante mí como si quisiera pedirme la mano y, toda atenta, observándome con aquellos ojos celestes que nunca olvidaré ni después de mi muerte, me preguntó:

—Y, ¿se puede saber cuál es el secreto?

—Me casé tres veces y yo mismo los envié a la tumba.

Ella se llevó la mano a la boca. Sus uñas estaban negras, o mejor dicho, se las había pintado con esmalte negro. «Vaya guarrada», pensé.

—Oh, lo siento.

Sin duda alguna, estaba desconcertada la pobre.

—Pero todo acabó bien —añadí con cierto sarcasmo, montado a lomos del tono de mi voz.

Ella meneó la cabeza en sentido de noes.

—Oh, vaya.

Siempre la jodida palabra «Oh»; ya me estaba desquiciando, pero tuve compasión con ella ahora que se había erguido como una estaca clavada en el mismo suelo.

—¿Sabe que Inisio mató con sus propias manos a cientos de personas?

Ella se echó para atrás aún más desconcertada.

Y por ello, le dediqué una sonrisa maliciosa o, quizá, perturbadora. Esa mañana tenía ganas de tocarle las pelotas a esa

pobre chica.

Después de todo, las cosas eran así.

Un día te ríes y al otro te mueres.

—¿Quién es Inisio? —se atrevió a preguntar, quizá por inercia, o quizá por estupidez.

La miré como mejor sabía hacerlo.

El sol me lamio la cara con su lengua de fuego.

#### 4

—¿Harías el amor con un hombre? —Preguntó Flavia, una hermosa joven de cabello lacio pero rizado en las puntas. Caía libremente sobre sus hombros como una tela de seda. Como la capa de un centurión. Rojiza como la sangre de las batallas.

—Solo tengo dieciséis años —exclamó Sisha, visiblemente ruborizada. Tenía el cubo de madera entre las manos y el agua brotaba por las rajadas como un río desbordado. Incluso se podía escuchar el chapoteo en el suelo seco que apenas levantaba una nubecilla de polvo.

—Pues yo sí —aseguró Flavia, soltando, a su vez, una buena fuente de carcajadas. Sus ojos brillaban bajo el sol, pero pronto se humedecerían con la llegada de la legión. El ruido creciente de los caballos desbocados aún no había llegado al lugar donde estaban ellas. Cerca del hornillo, la playa que daba la espalda a Águilas.

—¡Oh, qué atrevida eres! —exclamó Sisha, aún más ruborizada. Sus pómulos destellaban como la cara roja de las manzanas bajo el sol. Ahora el agua salía a borbotones, incluso del borde del cubo. Su cuerpo estaba convulso. Reía y reía sin parar.

Ambas se encaminaron hacia las «cuevas» trepando por una angosta cuesta, tan blanca que cegaba.

—Tarde o temprano tendrás que hacerlo —sugirió Flavia mirándole de perfil. Sus manos arañaban la arena.

A Sisha se le seguía derramando el agua, que figuraba ahora como una larga sombra hacia abajo, pero que, sin embargo, parecía querer alzarse sobre ellas como la espada de un legionario.

—¿El qué? ¿Acostarme con un hombre?

—Jajaja. Sí, pero antes tendrás que enamorarte.

—No lo creo. Mi amor es Dios.

—Bueno, ya sabes que el imperio romano está aquí. —Hubo un momento de empalagoso silencio, y añadió—: Se dice que han tomado Cartagena, y que buena parte de su ejército está sembrando el terror en las pedanías.

—Aquí no llegarán —aseguró Sisha categóricamente. Sus ojos se habían estrechado un poco, tal vez por la simple idea de pensar que eso sería probable. Ya no tenía agua en el cubo y la larga sombra se levantó sobre ellas.

—Eso nunca se puede decir, Sisha.

—Ya lo sé.

Y de pronto escucharon los gritos de los primeros en caer bajo las espadas de la quinta legión. Voces amortiguadas en la distancia y ahogadas en la sangre que cubría el cielo de Águilas esa mañana de agosto.

Sisha se dio la vuelta y soltó el cubo, que se desprendió cuesta abajo como una colosal piedra que nunca se va a romper.

Y el olor a sangre la invadió por completo.

—Lo que ocurre ahora es terrible y hermoso a la vez — comenté al cristal, y en la suave superficie se dibujó mi nombre: Elena, como si alguien me necesitara. Estuve mirando el cristal durante mucho tiempo y no vi nada más.

Fuera, nevaba con contundencia, y no. No era el verano de Sisha. Así que me escondí debajo de la manta, como se dice en Águilas. Pero yo estaba aferrada a esa vieja silla de ruedas, que no chirria ni en mitad del silencio de la noche.

Me entretuve observando las formas caprichosas de los copos de nieve. Siempre crean figura raras para algunos, ignoradas por otros, y especiales para mí. En cada una de ellas veía una flor, una espada o un casco.

Y seguí escribiendo de mi puño y letra.

## 6

El caballo era blanco, y tan puro como la caliza de las propias estatuas que se erigían en toda la región de Murcia. Estatuas que veneraban a su emperador, que no hacía más que comer uvas en alguna parte de Roma. Pero el caballo era especialmente llamativo, porque tenía media cara tan negruzca como la noche de un invierno con tormenta. Sin embargo, a pesar de tener las pestañas salpicadas de sangre, sus ojos seguían llorando de pena. Era el único, en ese momento, que tenía algo de sentimiento. Los soldados se hastiaban de atizar con sus espadas a decenas de desgraciados que se defendían con herramientas de campo, y la sangre salpicaba el cielo azul celeste.

Una nube de polvo y aliento nauseabundo flotaba a media altura y Sisha lo vio por primera vez. Un soldado, un gladiador, un capitán o un legionario, lo que fuese que estaba a lomos de ese

caballo, que no relinchaba, tenía apretados los dientes ensangrentados y los ojos abyectos como los de un demonio.

Era puro odio, pero, aun así, no tuvo temor de él.

—¡Tenemos que escondernos, Sisha! —gritaba su compañera de fatigas, pero ella estaba clavada como una cruz en medio de una roca.

—Han llegado a Águilas —susurró—. Han llegado hasta aquí y no tenemos escapatoria.

Al fin y al cabo, aunque fuera impropio en ella, le había salido del alma esa dichosa frase que todos tienen en boca cuando un ejército de piratas se lanza sobre ti, o, en el peor de los casos, los soldados romanos —que no conocían la piedad— te arañaban con las puntas de sus largas y extenuantes espadas.

Todo el pueblo, que se veía bordeado de playas inquietas, era, ahora, una nube de polvo, sangre y gritos. Las algas se retiraron mar adentro, rojizas, y el denso y pegajoso aire se elevó casi al mismísimo cielo, como si un volcán hubiera entrado en erupción.

—¡Sí! ¡Han llegado! ¡Corramos! —gritó Flavia, en un momento en que sus pies resbalaban en la cuesta. El agua del cubo se había evaporado y esa sombra amorfa como un monstruo tenía ahora un rostro. El del general Inisio.

—¡Corre tú! —exclamó Sisha, encandilada por aquel hombre que flotaba en el aire—. Yo iré después. —Su voz se amansó en un acto involuntario e impropio de ella.

El griterío seguía en el aire como una tormenta, y el relinchar de todos los caballos horadaba el pueblo de Águilas. Las espadas hacían crujir los huesos, y la sangre se escuchaba como gotas de la lluvia de mayo.

—¡¡¡Muerte a los romanoossss!!! —se desgañitaban casi al unísono, y los golpes metálicos de las espadas se elevaban sobre

dichos gritos de forma contundente. Resoplando como animales, con el consiguiente cabreo que generaba en los aldeanos, abatían de un solo golpe a los más débiles.

Dos espadas cruzadas para los más valientes.

Sisha había clavado la mirada en ese hombre rudo y de barba poblada. Lo seguía mirando con una introspección perturbadora. Y su corazón bombeó en medio de una dantesca escena.

Sobre la cabeza de un niño flotaba una lámina de metal.

## 7

Me aparté el flequillo de la frente. Estaba sudando. Imaginarme estas cosas me sentaban fatal. Era como si me hubiera comido una tortilla caducada. Algo allí abajo, en mis tripas, fluía hasta el pañal que tenía de tapón. Me miré la muñeca para ver la hora en el reloj, pero no estaba allí. Ya no recordaba que no tenía reloj y que el único que me podía decir la hora era el del teléfono móvil.

No lo tenía a mano.

Pero tampoco iba a dar por saco a la enfermera de noche para preguntarle algo tan absurdo a esas horas.

—¿Qué tal, Elena? ¿Qué hace todavía despierta?

La voz era cálida y suave. Demasiado dulce para ser normal. Yo no puedo mantener ese tipo de tono. Soy más tosca. Supe que se había detenido en el pasillo. Quizá apoyándose en la jamba de la puerta, quizá con una sonrisa estúpida en su rostro, pero lo que sabía es que estaba a mis espaldas. Eso no era tan difícil de adivinar.

No me volví.

Así que, recordando aquello que me contó mi madre, seguí apretando el bolígrafo con cierta fuerza. En realidad, con mucha fuerza, y casi podía ver cómo bailaban las palabras en aquella hoja de papel, bueno, en una de las muchas de la libretas. A mi lado había una luz de mantequilla que se proyectaba en mi diario provocando sombras alargadas que pugnaban de todas las palabras escritas.

—No tengo sueño. ¿Te sirve de respuesta?

Y la noche se iluminó con un fognazo propio de un Dios furioso. Como Inisio.

## 8

La hoja de la espada cortó el aire y la cabeza del pequeño se agachó a tiempo. El sol le encandiló a Inisio, que erró, o bien: perdonó la vida al pobre crío lleno de mocos.

—No puedo —musitó, y en su lugar se añadió al griterío, convirtiéndose dichas palabras en algo que nunca existió de verdad. Inisio se sintió débil ante tal situación, en un momento en el que ya habría perdido la cuenta de las numerosas veces que habría arrebatado la vida a los más pequeños. Sin contemplación. Sin escrúpulos. Sin dolor en su corazón ni inquietud en su alma.

El caballo relinchó, se elevó sobre todas las cabezas y se posó de nuevo en el suelo en un golpe seco. Los dientes del general seguían tan apretados como dos tablas juntas. Su casco, en lugar de ser bronceo, era rojo, y su traje de guerra —conquistando la región de Murcia y, ahora, Águilas—, polvoriento, mostraba incluso trozos blancuzcos, como masa encefálica. A buen seguro, entre los recónditos agujeros de su placa pectoral —armadura— habría algún diente partido.

Sisha ya había subido la grata cuesta que la llevaba a su hogar: un agujero impenetrable en la montaña. Pero antes de que entrara por la gran boca sin dientes, él la vio.

Galopando, se acercó hacia ella con la espada en alto y, a pocos metros de ella, el caballo se detuvo casi llorando. Su corazón ya no estaba hecho para ver tanta sangre, no al menos de una mujer más. Pero en las guerras todo valía, y los caballos no pensaban. Inisio comprendió cómo su «Dragón» de avance (como lo llamaba a su caballo) se había resistido a seguir.

Y entonces la vio de cerca.

Aquellos ojos le impregnaron por entero y desbocaron su corazón. Algo que nunca había sentido. Tan impropio de él que contuvo la respiración y se limitó a seguir sentado a lomos de Celius, como también llamaba a su «Dragón».

Ella estaba aterrada, y él lo sabía, pero también había descubierto cierta curiosidad dibujada en el rostro de esa mujer (por llamarlo de alguna manera, ya que un general de guerra, que solo conocía el sudor mezclado con la sangre, no podía pensar en otra cosa).

Era ternura.

Sisha le clavó la mirada sabiendo que le había llegado la hora de su muerte. Y lejos de cerrar los ojos, los abrió con tanta intensidad que el azul celeste de su iris destelló en el corazón de Inisio, quien la miró a la vez que los ojos de Celsius.

—Estoy preparada —aseguró ella, con voz inquebrantable.

Inisio bajó la espada apuntando al suelo rocoso.

Me quedé dormida ante tan mágico cruce de miradas.

Aquella maña había mucha más nieve que el día anterior, pero eso daba igual, porque la calefacción estaba a tope, como solía decir Carmen, una de las enfermeras o cuidadoras que más apreciaba. Algo muy extraño de mí, pero siempre hay una excepción.

Como el de Inisio sobre Sisha.

Intenté recordar esa escena una y otra vez, como una película que nunca termina. La magia de esa mirada supuso un cambio radical en la historia. Si bien Inisio era el máximo representante ante la invasión romana a la región de Murcia, ahora también podría hacer que el curso de la Historia cambiase en una revolución.

«Sería genial», pensé.

De momento, y aunque me dolieran los dedos y todos los huesos de la espalda, el poder de la decisión del curso de la Historia lo tenía yo. Todo estaba en mi mente y en la punta del bolígrafo, que me miraba, ahora, como un diminuto ojo brillante.

Como la punta de la espada de aquel general.

De pronto, sentí una mano cálida sobre mi hombro.

Era Carmen.

El polvo y la sangre quedaban suspendidos atrás, e Inisio se había bajado de Celsius —le llamaba de muchas maneras—, y se encaminó hacia ella. El penacho<sup>[1]</sup> estaba debajo de uno de sus brazos y los Caligae<sup>[2]</sup> se recubrían de polvo mientras avanzaba a paso firme. Celsius movió la cabeza de arriba abajo y en sus ojos se vio aquello que Sisha no podía ver en los de ese hombre.

Flavia ya no estaba, y era ahora una silueta oscura y oculta dentro de una de las cuevas. Sisha tenía un brazo ligeramente levantado, como si quisiera señalar el camino que quería seguir.

—No me haga daño —dijo ella. No. No era ridículo. Su corazón bombeaba como el de un caballo y le dolían los ojos.

Inisio le puso el Gladius<sup>[3]</sup> en el cuello.

—Dime, mujer. ¿Cómo te llamas?

—Yo... —Estaba temblando y su voz ululaba—, soy Sisha.

La mano izquierda colgaba muerta a un costado de su cuerpo.

Inisio volcó su fría mirada en la de ella, pero de pronto recibió luz.

—Yo soy el general Inisio —se presentó él.

A Sisha algo no le cuadraba, pero ya no le veía como un asesino. Sus dientes no estaban tan apretados, y sus labios, manchados de arena y sangre, se tornaron casi rosados.

—¿Me va a matar? —tembló ella. Sus ojos casi se suicidan en el blanco posterior, pero mantuvo su precioso color celeste húmedo.

—No.

Y entonces sucedió algo inesperado.

El general la cogió de la muñeca derecha y acercó sus labios a los de ella. El tacto fue especial. Húmedo. Una sensación de placer extremo acarició sus corazones, porque ella le correspondió de forma desconcertante. El beso duró casi una eternidad, mientras en el campo de batalla la sangre salpicaba a las nubes del cielo, que se tornaba rojo.

—Tengo...

—Voy a instalarme aquí. Este lugar va a sumarse a nuestras invasiones. Todo será nuestro. Y entonces, desde ahora, todo cambiará para vosotros. —Inisio hablaba con fervor y sus ojos dejaron la oscuridad a un lado.

Sisha vio en ellos algo que le atraía.

—Solo... tengo... dieciséis años... —titubeó y tartamudeó al unísono. Era como si de repente hablara sumergida en el agua de la playa que los bordeaba a doce metros.

Ella se zafó de él.

Y él sonrió.

—Y tú vas a ser mia —aseguró.

Clavó la espada en el suelo con un fuerte golpe metálico.

## 11

—¡Qué bonito! —exclamó Carmen. Había juntado sus manos como si rezara a Dios, pero yo la miré desconcertada. No me fiaba de ella. Sí, era muy cariñosa, pero no sabía si me mentía o no.

—¿Te parece normal esta escena?

—Claro. Los romanos se apoderaban de ellas y hacían cosas peores que darles un beso.

—¡Tonterías! Esto no cuela —dije afirmando mi posición de controversia. La nube de calor que producía la calefacción era empalagosa y me picaba la garganta.

—Eso está bien. No siempre serían muertes ni conquistas maltrechas. Piensa que el imperio romano se instaló en España como Conquista de Hispania o Hispania romana, que duró seis siglos...

—¡Vaya! Me salió la listorra de turno —le corté con voz de pito. Se me había atragantado algo en la garganta.

—Qué va, señora Elena. Son cosas de mi hija de doce años, que está estudiando precisamente eso. El imperio romano en España, y siempre habla sola en la mesa para recordar...

—¡Está bien! —le corté de nuevo. Esta vez mi voz sonó como de costumbre. Nada aterciopelada.

—No se enfade —me dijo ella con su siempre carismática voz. Me tocó el cabello y me mostró su sonrisa mañanera. La de un payaso.

—Está bien. Voy a continuar —dije.

Y ella siguió hablando mientras yo trataba de no escucharla.

—Los romanos llegaron a lo que ellos llamaron Hispania no para conquistarla, sino para combatir a unos poderosos enemigos: Los Cartagineses....

Y miré a través de la ventana y podía ver el viento.

Era acuoso como los ojos de un muerto.

## 12

Las muertes se contaron por centenares. Todos campesinos, en los huesos. Los árabes todavía no habían llegado a Águilas, pero sí otras comunidades. Hambrientos y convertidos en esclavos, los que sobrevivieron o se rindieron clamaban por una onza de pan y un poco de agua.

Los romanos ya habían hecho suyo el pequeño pueblo de sol y mar. Allí levantarían su estatua-culto al emperador que nunca veían, y crearían las primeras termas.

—Ahora aprenderéis de nosotros —dijo Inisio.

Sisha lo miró con ojos inquietos, que mostraban miedo y, a la vez, deseo. Ya habían pasado dos días del beso y el general no le había puesto la mano encima. Era algo anormal en las legiones inmersas en sus propias locuras decadentes, fruto de las continuas guerras.

—¿Y qué podemos aprender de vosotros? ¿Asesinar?

—¿Acaso he asesinado a tu madre?

Ella negó con la cabeza.

—No. —Sus ojos seguían siendo celestes y el sol había salido un día más del Este para morir estrellado ante los atónitos ojos de los soldados, por la tarde, en el Oeste. Justo por encima de una montaña que mordía la orilla del mar.

—Nosotros somos el futuro. Estamos llenos de cultura y sabiduría. No todo son batallas en nuestras vidas —terció el general con un tono grave.

—Pues no la parece. A mis oídos ha llegado que habéis saqueado la otra parte del pueblo. La que está en la entrada. —Un dedo fino apuntó en la distancia. Águilas era un pueblo de cordillera y de ahí el que no se acaparara el núcleo de la población en el centro.

—Tus oídos han escuchado mal —acució Inisio. Estaba sentado sobre una gran piedra y afilaba su espada contra un canto de la misma. El sonido era casi chirriante, pero a veces parecía lamentos de los muertos.

—Ha habido violaciones de mujeres jóvenes —insistió ella.

—En todas las batallas sucede eso.

Y la espada de Inisio brilló bajo el sol.

—¡Baj! La novela no me queda bien —rezongué con todas mis fuerzas. El aire dentro de la residencia seguía siendo empalagoso y por las noches no había fantasmas de aquellos que se iban cada madrugada al otro mundo. Estaba sola en mi habitación. Tenía una pequeña cocina. Mi propia nevera. Mi cama y mi jodida mesa, que me impedía desplazarme con éxito de un lado para otro.

Estaba sola.

Mi marido, escritor él, seguía trabajando en su nueva novela dentro del nicho en el cementerio, y yo aquí, qué bien suena eso. La soledad y la falta de cariño me llevó a empezar esta novela que no sé cómo continuar. Bueno, solo hay que mirar hacia atrás y buscar en la Historia. De modo que ese día le pedí un libro especial a María. Esta vez le tocaba el turno a ella. Una mujer mórbida con un cabello oscuro y corto, pero buena gente. No sé por qué, pero a veces me equivoco con las personas.

A las dos horas tuve el libro que explicaba qué sucedió en Águilas, en la época del imperio de Aquilae. Y cómo se transformó todo. De modo que devoré el libro y descubrí algo muy interesante por el camino.

Fuera, la nieve tocaba con sus nudillos la ventana.

La punta de la lanza brillaba broncea bajo el interminable sol. No era un día cualquiera, y el general, aún no habiendo puesto la mano encima a Sisha, pero sí tomada por esclava, elevó el signo de un águila, mostrándoselo a los dioses que velaban por el imperio romano. Dioses que no existían, sino barbarie y obstinación. La roca se encontraba en el punto más alto de la piedra. Tuvo que escalar la

cuesta crispada por los cantos de las piedras punzantes y resoplar como su caballo Celsius —le llamaba también: BEN o BIEVA— y, una vez llegado a lo más alto, alzó la lanza con la cabeza del águila y gritó:

—¡¡¡Águilas!!! Este pueblo hermoso de Murcia se llamará así, y esta parte que estoy pisando será en adelante “El Pico de la Aguilica”. El punto más alto donde puedes ver el mar en toda su plenitud. Calmado y brillante. Y quiero decir, además, que tengo... — se hizo el silencio, y añadió—: ¡¡¡Tengo esposa!!!

El grito rebotó sobre la superficie del mar hacia el cielo, y el sol le sonrió abiertamente, como una cara bofa<sup>[4]</sup> llena de fuego y sin ojos.

Los vítores de sus soldados no se hicieron esperar.

Había comenzado el reinado de Aquilae en Águilas.

Pero el capitán Cecilio se quedó desconcertado con lo último. Sus ojos se oscurecieron como la noche y su semblante era serio.

—Esposa —susurró.

Era el comienzo del fin.

—Desde aquí no puedo ver el jodido pico de la Aguilica — renegué. Ese día estaba un poco pastosa. ¿Qué día era bueno para mí? —. Así fue, y así perdura. Además de las termas en el centro, está el pico de la Aguilica, desde donde muchos insensatos se lanzan al mar y, a veces, se destrozan la cabeza contra las rocas, pero nadie es *aguileño* si no prueba eso.

Seguí escribiendo haciendo caso omiso a mi estómago, que rugía como un monstruo dentro de mí.

Aquella tarde era especial. Una semana después, Inisio no le había tratado más que como a una esclava con ciertos privilegios, y ella, desconcertada, le correspondía en todo. Incluso el cruce de miradas. ¿Cómo podía un asesino ser de repente un ser humano? Sisha no lo sabía, pero había visto algo en él desde el principio. Detrás de la hoja de esa espada había una coraza que no era de metal.

El sol, tórrido, se arrastró con solemne lentitud hacia las montañas de tierra y piedra, ya que la bahía no tenía árboles. Era una zona seca. Árida y casi como los sentimientos del general.

—Ya todo ha vuelto a la normalidad —dijo él con cierta sonrisa en sus labios. Aquellos ojos ya no parecían los mismos que al principio—. Mira el sol. Nuestros dioses lo han desangrado. —Su dedo índice apuntaba hacia algún lugar en donde el cielo era rojizo.

—Estás hablando de la puesta del sol. En Águilas es especial —respondió Sisha mientras se arrimaba al fuego. La leña crepitaba y las llamas empezaron a devorarla a lametazos pero con dientes. Su vestido blanco, estrechado en la cintura por un lazo marrón, era desproporcionado a su pobreza. Inisio había ordenado hacer un vestido para su mujer.

Algo que, nuevamente, no sentó bien entre algunos capitanes, que buscaban una clara respuesta ante el inminente cambio de Inisio. Ya no cenaba con ellos y se había refugiado en esa niña.

—Sí, lo sé. La puesta del sol. Es hermoso verla desde aquí. Asentados en nuestro imperio, que no para de crecer.

Sisha se sintió especialmente desconcertada.

—¿Desde cuándo tienes sensibilidad? ¿La tienes cuando matas a un anciano o a un niño?

Inisio, que estaba sentado en el suelo con el casco entre sus manos, rebuscando algo interesante en el penacho, se sintió, por algún momento, ridículo.

—Desde que vi tu hermosura.

Si el capitán Cecilio hubiera escuchado eso, habría explotado como una bola de gas, esparciendo la sangre y las heces como perdigones. Una legión que lideraba la conquista de parte de España no podía dejar de lado sus principios.

*«Tómala. Fuérzala. Y péntrala, pero no te rindas a ninguna belleza, y menos cristiana...»*

Esa voz corrió a través de uno de los hombres de Cecilio, que había escuchado la mágica palabra que lo enervaría. El soldado, sin casco y sin armadura, había estado escuchando detrás de una gigantesca piedra oscura, con las manos apoyadas en ella como si quisiera moverla contra su general. Cuando el soldado llegó al otro extremo del pueblo, a pie, y se prestó a su capitán, lo vomitó todo.

El rostro de Cecilio se encendió como ascuas inamovibles.

—¡Maldita sea! —había gritado, y se había levantado del taburete como si un escorpión le hubiera picado en sus partes genitales.

Aquel puño cerrado parecía ahora casi tan grande como su enorme barriga.

—¿Eres capaz de distinguir algo bello de la muerte? —le preguntó Sisha. Su canaleta se hacía bien visible con ese vestido, y a pesar de ser todavía una jovencita, parecía toda una mujer.

Inisio no respondió.

Pero esa noche la hizo suya, sin resistencia por parte de ella. Y se amaron hasta el alba.

Y él se preparaba para salir sonriendo.

17

—¡Oh, qué bonito! ¿Así sucedió de verdad? —Marta, otra de las trabajadoras de la residencia, pues se rotaban en turnos como una gran rueda de un barco de vapor del siglo pasado, era toda dientes, y he de decir que vi algo amarillento en ellos, por mucho que se esforzara.

—¿No ves que es una novela? —Ese día tampoco estaba de buen humor, así que me corté en palabras. Estaba parca en ello, y mi tristeza se confundía con los recuerdos. Pero esos recuerdos no eran sobre lo que sucedió en el reinado de Aquilae, por supuesto. Mis recuerdos eran momentos que se habían quedado en mí y la nostalgia de ver la verdadera sonrisa de mi esposo.

Y de mi padre.

Marta borró toda lucidez de su rostro.

18

El tullido anciano habló una vez más, mientras el joven diácono escribía con la pluma de un águila. El cálamo<sup>[5]</sup> del escriba estaba laxo sobre la mesa de madera astillada. El anciano, casi ciego, estaba aferrado a su bastón de más de dos metros de longitud. Estaba sentado. Frente a la luna, y la luz de la antorcha dibujaba palabras paralelas en el pergamino del diácono, quien, mordiéndose los labios, trataba de descubrir dónde apretaba aquellas palabras tan sabias.

—Aquilae caerá, al igual que el imperio romano. Todo lo que empieza tiene su fin. ¿Lo estás escribiendo?

El joven cabeceó dos veces entre la danza amarillenta. Hacía calor esa noche y empezaba a sudar por la frente. Sus ojos engrandecidos no se levantaban de las hojas del papiro.

—Sí, maestro.

—No me llames maestro —refunfuño el anciano, mostrando unas manos grandes pero huesudas. Como si estuviera enterrado ya desde bastante tiempo. Le quedaba poca luz en sus ojos. Agotado hasta el extremo de resollar en lugar de respirar—. Todos los imperios caen, y siempre hay alguien que se motiva para rebelarse a su destino, buscándolo de nuevo. ¿Me explico bien?

El joven cabeceó de nuevo, pero esta vez no habló de inmediato. Ni lo hizo después.

La luna era testigo de un asentamiento más del imperio de Aquilae<sup>[6]</sup>. Mazarrón había caído en su tela de araña, y parte de Andalucía.

Avanzando como una bestia que resoplaba fuego.

El anciano mantenía su raciocinio y una cierta claridad mental.

Mientras, en otra parte de Águilas, Inisio dormía en esos momentos ignorando su nuevo destino.

—Él se veía abocado a su lucha interna: entre elegir a su emperador, su Dios, o a ella. Él creía que todos eran cristianos huidos y debía darles muerte, pero ella rezaba cada noche a su Dios, llamado Jesús.

Esa tarde empezó a llover y la nieve moría bajo el fluvial torrente del agua, derramándose como las lágrimas que caen rozando los pómulos hasta colgar peligrosamente en la barbilla.

La muerte había empezado.

¿Cuándo había acabado?

20

Cecilio se reunió con su mano derecha, Aurelio, también capitán de la legión cinco, y su rostro estaba enjuto por algo que había sucedido.

—Inisio dijo que tenía nueva esposa. —Cecilio estaba afilando su espada y el sonido estridente de la hoja de metal viajaba a lo largo y ancho del pueblo como un chorro de aire que hacía daño.

—¿Qué tiene de malo eso?

Aurelio tenía entre sus manos el casco y el penacho, y le miraba con ojos enrojecidos. Su pecho no estaba cubierto por la armadura. Tenía una especie de tela por la que podrían atravesar decenas de puñales de los rebeldes —para ellos— su corazón, que casi latía impávidamente.

—¿Acaso puede un general romano tener una esposa cristiana?

—Eso me parece una pequeña broma.

—Yo creo que no.

El sol era una mancha oscura en el horizonte y la luna había abandonado su cara amorfa, hinchada, y esos ojos bizcos con los que contemplaba la Tierra.

—Gritó que tenía una esposa y lo hizo delante de todos.

—No le des más vueltas, Cecilio. Eso forma parte de la invasión. Romperá pronto. Ya lo verás. Y nuestra conquista se extenderá más allá de los límites del mar. —Su dedo señalaba a un mar oscuro como una balsa de tinta que estaba apaciguado.

—Eso espero, porque en sus ojos no veo el odio de antes.

Cecilio no hablaba como un tullido anciano, ni tampoco tenía a su lado, oliéndole el culo, un escribano con un papiro entintado. Lo que más temía el capitán, que había arrebatado miles de vidas, era que su general cambiase de forma peligrosa.

Nunca el imperio romano se había dividido en nada, pero sí que constaba en toda su Historia algunos cambios relativos.

Algo que impacientaba a Cecilio, y se demoraba en ideas ante un Aurelio clavado en el suelo como una estaca, cuya insignia era la insignia de la legión, pero que no se mostraba incondicional, después de todo.

## 21

—¿De modo que Cecilio no se fiaba de su general? —preguntó Carmen, que ya estaba de nuevo en el turno rotatorio. Estaba sacudiendo la cabecera mullida de la cama con unos ligeros movimientos y un par de golpes amortiguados.

—Pues no. El anciano Evelio sabía lo que se decía —le expliqué esa mañana de muy buen humor. La historia estaba marcando un trazo que me gustaba y empezaba a sentirme a gusto conmigo misma.

—¿Evelio es el andrajoso anciano, verdad?

—No. Es el sabio del pueblo de Águilas.

—¡Ah! Lo entendí mal, perdona, Elena. Pero no parece un nombre romano.

La miré de soslayo.

—Era aguileño —prorrumpí.

Carmen bordeó mi cama y tiró de las sabanas. Aquella mañana la calefacción estaba igual de oscilante y pegajosa de como siempre. Podías sentir cómo se te elevaba la temperatura del cuerpo, como si hubieras pillado el mayor resfriado del mundo.

—Pues me gusta lo que me has contado.

Yo sabía que había mentido.

—Espera y verás —advertí, y mi rictus se reflejó en una ventana empañada.

## 22

—Escribe, escribe muchacho —insistió el anciano, moviendo su dedo índice como la punta de la lanza con la insignia del Aquila que habían traído los romanos a la recién nacida Águilas, que antes se hacía llamar Urci.

—En ello estoy, maestro.

—Te he dicho mil veces, niño, que no me llames maestro. Llámame Ángel. Ángel López. Y no soy un maestro. Solo soy un hombre que ha caminado mucho. Más sabe el viejo que por zorro, hijo mío.

El diácono sacudió la cabeza como una sábana voluptuosa.

—Lo siento, Ángel.

—Ehhhh, prosigamos. —Su dedo seguía señalando el papiro. Parecía como si todo el mundo girara en torno a su dedo. Tan seco como la rama de un árbol—. Ese general, llamado Inisio, ha conquistado nuestro pueblo, pero esa adolescente le ha conquistado

su corazón. Él ha cambiado el nombre del pueblo, pero ella le ha cambiado a él. Y pronto se alzaría una rebelión.

Después, calló.

Tras un largo silencio, casi ominoso, el escribano preguntó:

—¿Pero qué transcribo al papiro?

Ángel, bajando el dedo acusador, lo miró profundamente y dijo:

—¿Dónde está tu sabiduría, Daniel?

Y en otra parte de Águilas, Inisio tomaba de nuevo a Sisha, mientras su legión se emborrachaba a la luz del fuego furibundo de las hogueras.

## 23

—Ay, mi niña. Me tienes en suspense. ¿No sucede nada más? —se inquietó Carmen. Hoy le tocaba el turno a ella. Marta había estado toda la noche aguantando mi cháchara y la pobre se fue rendida a casa esta madrugada, al salir el astro rey. Le dediqué mi más malévola sonrisa.

Y es que a veces soy muy puñetera.

—Espera y verás. Ahora viene lo bueno. Tanto folleteo molestó a Cecilio y a alguno más. La cosa estaba a punto de estallar dentro de lo que se suponía era un nuevo asentamiento con una cultura muy cuidada...

Me quedé sin aire, así que tosí como una chicharra.

Fuera, seguía haciendo mucho frío y la rutina era ya una mierda, bueno, un asco para los más finolis.

Y seguí escribiendo en el silencio amorfo de la mañana, oscurecida por unas nubes que soplaban con sus grandes bocazas.

Pero el viento no venía de ellas.

Claro que no.

Ni Águilas vivió en paz.

## 24

Inisio había convocado una “reunión de jefes”; así lo llamaba él, en contra de las normas romanas. Cecilio había fruncido las cejas al escuchar de su boca esa frase y, de alguna manera, creía saber a qué se refería.

—No somos simple soldados pretorianos —sonrió Inisio, al tiempo que abría los brazos en cruz. Sus palmas estaban marcadas por cicatrices, que brillaron bajo el bronceo lametón del sol.

—No, claro que no. Somos una legión de romanos. Capitanes y generales. De eso no cabe duda —explicó con sarcasmo Cecilio, con una mirada de esas que no se dejan ver. Se dio la vuelta y arrastró los pies por el azaroso suelo. Una nubecilla de polvo le persiguió durante todo el trayecto. Las sandalias, en un principio rojas, eran ahora casi amarillentas.

Marco, que le seguía, creyéndose un centurión, se mofaba con una risilla estúpida. Sus ojos eran igual de malévolos y eso predecía que ya tenían más de una reunión a escondidas. «Como las de antes», pensó, mientras los dedos de los pies se cubrían de arena.

Alejandro era el tercero en discordia. El trió de perfectos y maquiavélicos rebeldes, de esos que caen muy mal. Su aspecto barbudo, y bastante prominente, le hacía mostrar un lado rudo, pero nada más lejos de la realidad. Solo contenía rabia en su interior,

pues siempre había querido ser general, y en cada batalla tenía un ojo en su enemigo y otro sobre Inisio, por si caía muerto.

—Si me acompañáis, tengo algo importante que contaros — insistió Inisio, visiblemente alegre.

Los cuatro caminaron hacia una de las cuevas, donde el viento se enfriaba y la atmósfera era más respirable. El sol en Águilas era de esos que parecen querer matarte de una insolación, y ya era cerca del mediodía.

En esa cueva, que les esperaba con la boca abierta y donde no estaban ni Sisha ni el tullido anciano, había cuatro taburetes de madera astillada. En el suelo no había tierra, y estaba helado.

Una vez que tomaron asiento, habiendo bordeado antes una pequeña mesa sin vino esperando en la superficie, como el tintero de bronce del escribano, comenzó la charla.

—¿Qué quieres decirnos, Inisio? —preguntó Cecilio. Le clavó la mirada como cuchillos. A juzgar como movía los mofletes, parecía que estaba comiendo huesos de aceituna.

—Eso. Eso. Explícanos —jaleó el triario<sup>[7]</sup> Alejandro. A veces se creía un Pretor, por su hegemonía.

—Nos tienes expectantes —acució Marco, echando hacia adelante su cabezón de cabello anillado. Tenía barba rala.

Inisio los miró a todos a los ojos y vio en ellos de todo menos cordura. Y, sin darse cuenta, los conoció a fondo. Tal como eran, tras decir:

—Estoy enamorado, y echaré raíces aquí. Así que se lo haré llegar al emperador, y si las conquistas siguen por Andalucía, quiero que seas tú, Alejandro, mi sucesor. Yo no estoy para más guerras.

Alejandro mostró una sonrisa abierta dentro de las sombras que escalaban en las paredes de la cueva.

Cecilio se atrevió a levantarse, de forma abrupta, ante su superior, y a gritar:

—¡Esto es intolerable!

Después, se sentó dando un puñetazo a la mesa. La muñequera de metal, que contenía un cuchillo para atacar por sorpresa —en un mano a mano—, llamado *munnecum*, pareció lanzarse como la lengua bífida de una serpiente venenosa, pero no fue más que un efecto óptico.

—No te permito ese comportamiento, Cecilio —rezongó ahora Inisio, y agachó la cabeza para adquirir ese perfil asesino que hasta ahora le había estado acompañando. Apretó el puño—. Una palabra más, y te mato.

Cecilio lo miró con ojos casi acusadores, pero en realidad sintió miedo de él.

Marco se rio de forma nerviosa, mientras su dedos jugueteaban haciendo nudos que se deslizaban por el sudor repentino.

—No volverá a suceder, señor —asumió Cecilio, con los ojos casi entornados.

Inisio levantó la cabeza, le clavó la mirada y le mostró una hilera de dientes muy apretados. Sus ojos volvían a ser oscuros, como los de antes, y toda la rabia se escupía por ellos.

—Sisha será mi mujer y tendré descendencia con ella. El que quiera suicidarse, por esto, que se tire desde el pico de la Aguilica —ladró, mientras señalaba fuera de la cueva.

Y en el fondo. A más de diez metros, se elevó el murmullo de los soldados, que parecían dividirse en dos grandes grupos. Legionarios *hastati* y *velites*, que se miraban con recelo.

Y mientras tanto, el sol seguía su curso en un día de tensión.

El anciano, esquelético pero no muerto, salió de su cueva, a veinte metros, y dijo:

—Ya ha empezado.

25

—¡Vaya! ¿Así que se armó la gorda? —preguntó Isabel, otra de las trabajadoras, como yo las llamaba. Para mí eran trabajadoras, porque no recordaba el rol de cada una de ellas. A veces, las llamaba amigas. Marta, Carmen, Paca, Isabel y... Me quedé en silencio durante un rato.

Esa mujer menuda, de cabello claro, estaba con la boca abierta, esperando una respuesta.

—Bueno. Digamos que fue el principio —dije sonriendo, algo impropio de mí, pero lo hice. Tenía entre mis dedos el bolígrafo, y las gafas puestas para ver mis diminutas letras. Y las veía. Clavé la vista en ellas y me inspiré de nuevo.

Después, el silencio.

—Oh, mira qué bien —exclamó la exuberante mujer. Había puesto los brazos en jarra y sus ojos brillaban más que los de Sisha. Mucho más—, me tiene intrigada.

—Necesito escribir —espeté.

Ella siguió sonriendo y moviendo la cabeza.

26

El día después, el sol salió manchado de rojo. Era como un mal presagio. Mientras el amor hacia Sisha crecía, el odio de los

pretorianos se dividía y crecía. Era como un fuego lento, que devoraba todo y después lamía el resto del bosque con un repunte de aire caliente.

Entonces, estallaba el infierno.

Inisio confió al anciano Ángel su deseo de casarse, para que él le mostrara su propia y sabia visión filosófica de lo que podría suceder.

—Buen hombre. Algunos de tus capitanes se rebelan ante ti. No aceptan tu decisión. Y podría, según mi modo de ver... —Hizo una pausa para respirar, con un resuello que sonaba como un fuelle, y añadió—: No soy profeta, pero se adviene una rebelión

—¿Qué tipo de rebelión?

—Rebeldes sin causa.

—¡Ah!

—Inisio. No quiero que sufras por mi —prorrumpió Sisha, y el anciano la miró a los ojos, y vio en ellos el dulzor de una mujer cariñosa y hermosa, pero asustada, porque Inisio había tomado una decisión un tanto extraña, en una situación anormal, que se extendía como las plagas de las cucarachas.

—He tomado una decisión y ya está —acució él.

El anciano meneaba la cabeza, como una bola sostenida en una cuerda.

—Los romanos no ven con buenos ojos un matrimonio con dos dioses —explicó Ángel. Se sentó en el taburete, en la cueva; y sus huesos crujieron al moverse. Como un saco de piedras.

—Tiene razón. El emperador no empatiza con tu dios —murmuró Inisio. Había agachado la cabeza.

—¿Qué? Solo hay un dios —dijo ella, acalorada.

—Ese es el problema. Para Roma solo hay un único dios, y es el nuestro.

—¿Qué dios tenéis? ¿A quién adoráis? ¿A quién rezáis?

—A Jesús, desde luego que no —intervino el anciano, y mostró una parte de su rictus sabio.

La llama de la vela, que estaba en el centro de la mesa de tabla áspera, ondeaba en el aire como una bandera, y proyectaba sombras. Las mismas que se acercaban.

—Al cristianismo, desde luego que no; y no rezamos a nuestro dios. Pero te recuerdo que estoy de tu parte. —Inisio la cogió de la mano, y escuchó el retumbar del corazón de ella.

Estaba algo nerviosa.

Temía perderlo.

Sí, así era, después de todo.

## 27

Marta tenía los ojos como dos bolas de billar a punto de ser disparadas como proyectiles. Estaban tan blancos como la nieve que se acumulaba en el tejado de la residencia. Si hubiera estado fumando el humo, podría haberse enroscado en él como una estola, pero deslavazada. Podría decir que le gustó.

—Elena. Es usted una excelente escritora —exclamó, sin poner las exclamaciones en su frase. Era como el aire y el mar. «Así es, Marta», pensé, y añadió—: ¿Sabe que puede usted presentarse a un cualquier evento literario?

Yo me reí.

Solo trataba de divertirme con ellas. Les planteaba la situación, y en función de lo que respondían, así decidía yo. El guion

era tan oscilante como una hamaca; y la documentación, pésima, pero yo estaba empeñada en recordar cosas. Quizá un sueño.

—Al margen de si podría salir de este bodrio una buena historia, o no, solo estoy contando recuerdos —mentí.

Marta se quedó tiesa como un palo.

## 28

El esparto era la principal riqueza de Águilas ahora. Los pretorianos habían instaurado este mercado en un pueblo mayormente pesquero y del campo, desde tiempos de Cristo. Pero los romanos habían dado una buena cultura a conocer. No es que hubiera paletos en Águilas, pero sí algún que otro zoquete. La economía emergía, y las monedas con el rostro en relieve del emperador romano era la única forma de comprar algo y adquirir bienes, o mejor dicho, comer.

Hasta entonces habían vivido con el trueque, y mientras esto sucedía, una noche sí y otra también, Cecilio se reunía con sus consejeros. Actuaban como una manada de zorros preparando el ataque al corral de las gallinas. El fuego se encendía por momentos, y él, Cecilio, se veía como el general del quinto batallón. Pero las discrepancias fluyeron como el agua, y pronto el ejército se dividió en dos.

Dacio era el más reacio a conseguir lo que buscaba su enemigo —ahora llamado Cecilio—, y juró lealtad a Inisio. Tanto fue así, que se lo comunicó oficialmente al propio general, y toda la guardia pretoriana se dividió como el mar de Moisés, si es que se abrió de verdad.

—Cecilio, junto a Aurelio, están planeando una rebeldía contra ti, señor —informó el soldado. Dacio era la mano derecha de Inisio y eso le daba algo de repentino poder.

—Gracias por informarme. Eso ya lo sabía —afirmó Inisio apretando los dientes. Si hubiera tenido el casco puesto, habría doblegado el metal cerca de su boca.

Sisha, que escuchó lo acontecido, se dio la vuelta y empezó a disimular lo que su futuro esposo no dejaba escapar. Él también sabía que ella sufría, de alguna manera, esta rebeldía. Su decisión, y los acontecimientos que profetizaba Ángel.

Pero más que un profeta, era un sabio zorro.

La luna fue testigo de dichos encuentros, y fue desplazándose de un lado para otro en el cielo negruzco; aunque, en el fondo de todo, algo parpadeaba de forma sutil.

—Solo quería avisarle y confirmar las sospechas, señor. — Dacio casi se arrodilló, e Inisio lo tomó del brazo.

—No te arrodilles. No soy tu dios.

—Inisio. Debemos detener todo esto —prorrumpió Sisha. Sus ojos estaban algo, solo algo, llorosos.

—¡De eso ni hablar! —casi gritó Inisio, volviéndose hacia ella. La vio tan débil, y fuerte a la vez, que no la atormentó más en ese aspecto. Su amor era puro y solo ella había visto esa parte oculta en un general asesino, que había invadido medio mundo, matando desde ancianos a niños.

¿Cómo una mujer puede doblegar el poder de un general romano?

Quería contestar a eso, pero no podía.

Ella sí lo sabía.

Pero Inisio no.

Cuando la luna cerró su único ojo, en una noche sin brillo, los hombres de Cecilio se agazaparon en las sombras, como amorfos monstruos, con los brazos extendidos para coger a su presa. Mientras el viejo sabio del cerro roncaba como una gran bestia, los pretorianos burlaban la atalaya construida y se encaminaban hacia la cueva, donde Inisio —justo al lado del anciano— dormía plácidamente con Sisha. Su gran brazo, poderoso y temible, permanecía laxo sobre el hombro de ella, quien tenía recostada su cabeza sobre el velludo pecho de él.

En la distancia, un gato maulló como presagio de una maldición, y alguien vociferó algo que atrapó la oscuridad, ensombreciéndola del todo. El gato calló y el sonido de las sandalias de los soldados —unos cinco— sonaba sigiloso sobre la arena, que no tenía color en esos momentos.

—No podemos fallar —susurró uno de ellos, con los dientes prietos. Sus ojos eran dos pozos negros y su rostro, cubierto parcialmente por el casco, como si fuera a la guerra, tampoco lucía esa noche tan terrible.

—Cállate, imbécil. Vas a despertarlo —gruñó otro.

—Callaos los dos —jadeó un tercero—. Al final se despertará y nos matará.

A tientas, iban tocando sus armaduras, y los Gladius<sup>[8]</sup> empezaban a ser resbaladizos, porque parecían sudar. Pero en realidad eran sus corazones —que, de forma agitada, bombeaban la sangre por un deslavazado tramo de venas— los que producían el sudor en ellos.

El gato maulló de nuevo.

Seguía vivo.

La cabeza de Sisha se acomodó una vez más en el pecho de Inisio, que iba a ser asesinado de un momento a otro. Quizá, en el tiempo de un parpadeo. Las cuevas no tenían puertas blindadas

como los templos, sino una tabla de madera recogida que con ayuda de esparto hacía de goznes. Eso, en dicha época, no existía.

Una de las manos de aquellos hombres agarró el canto de esta y la movió hacia fuera. No chirrió como las cadenas de los esclavos, sino que vio su libertad en un siseo formado por el aire que entró en la cueva.

El anciano empezó a parpadear en la cueva de al lado.

Una vez dentro, al menos tres de ellos bordearon la cama — que no de bronce sino de madera— para asesinar a Inisio y a Sisha. Flavia dormitaba dos cuevas más al lado, en el sentido contrario a la del anciano.

Y, entonces, cuando el gato dejó de maullar, la hoja de una Gladius se acercó peligrosamente al cuello de Inisio.

## 30

—¿Lo asesinaron? —Marta parecía incluso enfadada, a juzgar por la expresión de su cara.

Yo me atraganté con una risilla de perversa. La historia seguía su curso. Y pensé: «*si debe morir, pues morirá*».

—Sí —mentí.

Y el viento de la tempestad tocó con sus nudillos el cristal de la ventana.

Y tocó, y tocó.

## 31

La mano le tembló y el corte no fue más que superficial. En ese mismo instante, unos dedos apretaron su brazalete, hasta doblegarlo sobre su muñeca, y el grito desgarrado despertó a Sisha y al anciano de al lado, y a Flavia. Todos despertaron al unísono, como si hubieran disfrutado de una repentina pesadilla colectiva.

—¡Señor! ¡Perdóneme! —gritaba el desgraciado.

Inisio se inclinó sobre su cintura, elevando su torso musculado. Ahora, de nuevo, sus ojos eran oscuros. Los de un asesino. Apretó más y más aquel brazalete, y el pretoriano chilló como un cerdo al ser degollado.

—¡Maldito traidor! —exclamaba Inisio al tiempo que se inclinaba más y más. Sus dientes estaban babeantes y le clavó la vista a ese cualquiera. Dentro de la cueva se armó un revuelo con los demás, que querían escapar, pero que no se decidieron al final.

Todo era oscuridad, hasta que un velo de luz se reflejó en sus rostros. El anciano sabio estaba de pie ante la entrada de la cueva, con un candil ondeante.

—¡Señor, ha sido Cecilio! ¡Ha manifestado que iba a matar a mi hijo! —El dolor en la muñeca del atacante era tan agudo que parecía que una de las cuevas se hubiera derrumbado sobre él. Los huesos empezaron a crujir, y esos dedos de la mano dejaron volar la Gladius, refinada de sangre en la hoja brillante.

—¡Tú no tienes hijos, desgraciado! ¿Por cuántas monedas te has vendido? —Inisio cogió en el aire la Gladius y la empuñó con firmeza—. ¡Envíale este saludo a tu hijo! —Y la hoja de treinta centímetros atravesó el pecho de aquel falsario, horadándole el corazón. Destrozándose. Aquellos ojos se cerraron y se abrieron pidiendo suplica, pero ya era demasiado tarde, y la sangre ya no le llegaba al cerebro.

Con un espasmo murió de forma fulminante, cayéndose de espaldas, a los pies de los demás soldados. El golpe fue carnoso,

dejando de lado el estrepitoso tintineo del casco, y la sangre escribió el destino de los demás.

Sisha tenía las manos delante de sus ojos.

32

—¡¡¡Bien!!! —Carmen parecía una niña que acaba de recibir su primera muñeca de goma, o de plástico. Dio saltos de alegría. Eso fue al día siguiente, y la tormenta de nieve no nos dejaba en aquel jodido invierno. Perdonad mi injerencia en las palabras, pero una ya está hasta las narices de la vida, bueenoo. Escribo unos puntos suspensivos, que me emociono y todo...

—¿Acaso creías que lo iba a dejar morir a la primera? — Recuerdo que mi voz sonó algo más grave de lo habitual, pero ella seguía mostrando su tonta cara de payaso.

Eso me desquiciaba, pero lo entendí.

Las pobres mujeres hacían su trabajo y, dentro de lo rutinario de todos los días, yo era la única que les contaba algo. A veces se enfadaban, y otras se reían. Ahora había logrado mi objetivo, y muchas veces pienso que esto es un bodrio.

Ay, señor, deja ya de nevar, que Inisio no vio nunca la nieve.

—Pero ¿morirá?

Su cara era todo un cuadro y un poema a la vez.

Lo que se suele decir.

Agaché la cabeza y proseguí mi trabajo de escritura.

33

Una docena de hombres estaban delante, formando un escudo atezado bajo los primeros rayos del sol. Detrás, oculto como una rata, estaba él.

Cecilio.

Le temblaban hasta las pelotas.

—Tengo entendido que no aceptas mi decisión. ¡Veo que así es! —gritó Inisio, con la boca tan abierta que parecía haberse tragado un cubo.

El murmullo se elevó en el aire, como los aleteos de las gaviotas que había cerca de la orilla del mar. Lo demás era solo tierra y tiendas de campaña. Las cuevas contaban ahora un centenar de bocas abiertas sin lengua. El sol pasó de largo por ellas y no hubo sombras que se dibujasen en las montañas.

Por el camino descendiente, una nube de polvo y un ruido sórdido indicaban que otros veinte hombres —a merced de Inisio— estaban ocupando sus posiciones.

Y aunque lo hacían en silencio, sus sandalias hablaban en la tierra árida.

—Es un cobarde —exclamó Darío, que estaba justo detrás de Inisio. Sus ojos estaban casi cerrados, por el destello de aquellos escudos bien posicionados en línea.

—Darío, esto es una cosa entre él y yo —explicó Inisio sin volver la cabeza.

—¡De todos nosotros! —prorrumpió Alejandro. Uno de los aliados de Cecilio. Se le veía arrogante, e incluso se atrevió a asomar su frente ante las espadas en alto. Todas ellas brillaban como las estrellas.

—Nuestra legión está dividida, Alejandro. ¿Acaso crees que habrá algún ganador? Somos todos algo más que gladiadores.

Somos soldados, y el poder militar de nuestro emperador de Roma.

Inisio se había desahogado bien.

—¿Y qué quieres decir con eso? —Alejandro seguía mostrándose desafiante y alzó la cabeza como un pato. El penacho parecía señalar a Inisio con un dedo acusador.

—¿Por qué habéis intentando asesinarme?, ¿solo porque me he enamorado de una mujer cristiana?

—Debemos ser fieles a nuestras costumbres. Nuestros hábitos, o mejor dicho, lealtad al emperador. Roma es grande, y su ejército también. Solo existe un dios. Las mujeres están para abusar de ellas, y después matarlas...

—¡Yo ya no pienso así!

—¡¡¡Sí, tú eres el general, y has matado cuanto has deseado!!!

—Pero mis manos ya no se mancharán de sangre, excepto la de ese cobarde que te está lamiendo los dedos de los pies.

—Él no está aquí.

—A pesar de tener buenos hombres con un buen escudo, puedo ver su trasero manchado.

—¿Qué?

—Haré que saltéis uno por uno desde el pico de la Aguilica. Nuestro emblema y el mar se beberán vuestra sangre. —El dedo sin titubear de Inisio señalaba a su izquierda. Hacia el lugar indicado. Al hablar soltaba escupitajos, de la rabia contenida.

—Eso ya lo veremos —acució Marco. Tenía una mano puesta en el pecho, con un buen escudo entre los dedos de la otra mano.

—¿Tú también? ¿Estáis todos en contra de una cristiana?

—No estás solo —anunció el anciano a sus espaldas. Estaba flotando en una especie de capa, como si fuera un mago. Su cabello

blanco y largo se deslavazaba con el viento.

Inisio giró la cabeza, lenta y oficiosamente, como un héroe que acaba de destrozar con sus manos las fauces de un monstruo.

—¿Y quién dice eso?

—¡Yo! —prorrumpió Servius. Su mano estaba laxa sobre su pecho. Sus labios quedaron estancados y se escuchó el rechinar de los dientes.

Darío dio otro paso al frente.

Sextus hizo lo propio.

—Cuenta con nosotros y nuestro batallón —dijo con fervor.

El cuello de Inisio retornó a su posición original, y aquellos ojos emanaban fuego.

—Está claro que no todos pensamos igual. Igual debemos matarnos entre nosotros —explicó con la voz ronca, pero grave e intensa. Era como los truenos de una tormenta de lluvia.

—Sería mejor un duelo. —Esa voz sonó cascada y aguda. Casi trémula.

Era Cecilio, que se había asomado tras el muro de sus soldados. Sus ojos mostraban terror, e incluso pánico.

—Sí. Eso está bien. Un duelo entre tú y yo —rezongó Inisio. Movía sus manos con aspavientos. El sudor le corría por la frente, y la sangre le hervía en su interior. La calma era tensa.

—¡No! —se apresuró a decir Cecilio, visiblemente asustado—. Será uno de mis legionarios.

—Eso nunca. Tú lo empezaste todo, y tú lo terminarás.

—¿Y si digo que me arrepiento?

—Anoche unos putos desgraciados intentaron cortarme el cuello, ser arrogante.

—Yo no sé nada de eso.

—¡Basta ya de mentiras! Darío, dame tu espada. Esto se acabará ahora mismo.

Darío se la dio y fue agarrada con firmeza por el mango. Con tanta fuerza que hasta podría decirse que se había escuchado crujir el metal de la empuñadura. El sol se reflejó en la hoja en una mañana que tenía otro color.

—¡Me niego a ello! —gritó Cecilio, y, casi mórbido, empezó a correr hacia el final del pelotón.

De repente, una carcajada estalló en el bando de Inisio. Los soldados fieles al general abrían tanto sus bocas que podrían descoyuntarse con sus risas.

Alejandro agachó la mirada.

Estaba avergonzado, pero no calmado.

Esta vez estaba sola, contemplando, como siempre, las gotas de lluvia que salpicaban en el cristal de la ventana, y pensé: cuántas formas pueden crear un buen puñado de gotas. Son como pequeños riachuelos, que surcan por la pared suavemente, como la sangre se atrapa dentro de las venas que están a flote de la piel. Esa comparación no era una cosa asombrosa. Pensé que era ridícula, pero me gustaba. Como la novela que escribía por las noches y después les leía los fragmentos a mis amigas de la residencia. Me refiero a las trabajadoras, claro está.

Siempre fueron mis amigas, a pesar de que muchos días no estaba de muy buen humor con ellas y las dejaba hablar solas con las paredes. En esos momentos me sentía vacía y escuchaba la

respuesta de las paredes. Era como si cada rincón de mi habitación tuviera algo que decir.

Lo mismo que el amor incondicional de Inisio y Sisha.

Me daba cierta nostalgia

## 35

Tan alto como un árbol y amorfo como un monstruo, el pretoriano no tenía nada entre sus manos, que parecían grandes garras con espátulas. Su calvicie y la falta de pestañas le daban un aspecto anormal. Como si fuera un retrasado. Muchos soldados lo llamaban así y se descoyuntaban de la risa, pero ese soldado era el más fuerte de todos.

Era capaz de arrancarte el corazón de un solo puñetazo.

Y se abrió paso frente a Inisio.

## 36

—¿Tan grande era? —Alejandra era de las pasivas. De esas que no muestran sus expresiones en el rostro. Tenía la boca casi cerrada, y por un momento pensé: es una cremallera.

—Sí.

Fui parca en palabras.

Y seguí escribiendo con un tremendo dolor en las cervicales, la espalda y la barriga.

Y un día más, el sol brillaba por su ausencia.

El amanecer lo acogió con extremada frialdad, y sus cejas pobladas encumbraban una mirada profunda, triste. Su sandalia derecha pareció arrastrarse, como la túnica, sobre el suelo de tierra y después le siguió la otra sandalia seguida de una nubecilla de polvo. El suelo parecía vibrar bajo los pies de Inisio y su respiración, como el resuello de una chimenea, le obligó a orientar sus orejas. Tenía que estar preparado ante la cínica mirada de Cecilio.

—Maldito seas. Fuera de aquí. Has manchado el imperio romano —vociferó aquel gigante de más de dos metros. Tenía el puño cerrado en torno a un mango sudoroso y oscuro. Era el mango del mazo de madera. Lo que en un principio pareció presentarse con las manos desnudas ahora tenía un arma mortal ante tal poder de su fuerza. El mazo era tan enorme y rígido como el tronco de un árbol.

El diácono, que estaba presente justo detrás del anciano, se dio media vuelta y empezó a chillar a los soldados del otro bando. A los suyos. Su sola presencia le imponía tanto —aunque lo viera a un solo color bajo la brillante luz broncea del sol— que le llenó el cuerpo de miedo, como si este fuera una sucesión de Gladius clavados en su piel.

Entonces, mientras su frente chorreaba sudor, Barm (como así lo llamaban) descargó el mazo hacia el suelo, como si fuera una guillotina, y el impacto provocó tanto ruido que hasta los peces del mar habrían salido de las olas dando saltos como ranas.

Y, por un momento, el sol pareció oscurecerse frente a él.

—¿Y lo dices tú? Traidor. —Inisio empuñaba su espada, la cual brillaba, al menos, más que la casi verduzca piel de aquel hombre de hombros anchos.

El mazo se elevó como una catapulta y cayó de nuevo al suelo. Un gruñido, como el de un perro rabioso, se escapó de la

boca de aquel ser inamovible. Era torpe y lento. Y eso le daba cierta ventaja a Inisio.

Sisha se tapó de nuevo los ojos con sus delgadas manos, y escuchó el zumbido de su corazón en las sienes. Aquello no eran latidos, sino un río de sangre que recorría todo el cuerpo montado en el miedo.

Inisio le clavó la mirada profunda.

Ese atormentado de la vida elevó el mazo —esta vez, con ambas manos—, y Cecilio pareció frotarse las suyas, como un ángel de la muerte. Su rictus era visible y parecía el perfecto idiota superando al grandullón, cuya ignorancia le conducía a cometer un error.

Morir.

Inisio caminó hacia atrás y, cuando dio cuatro pasos, pareció apoyar la espalda en una pared de aire, que lo empujaría como una piedra lanzada con una catapulta a lo más alto del cielo. Corrió y saltó con la espada en alto.

Y lo último que vio aquel monstruo anormal fue el brillo de la hoja de la espada. Después, sobrevino el dolor lacerante y la plena oscuridad. Su yugular había sido cercenada y apuntalada con la espada.

Cayó al suelo como si hubieran tumbado una fila de árboles, cuya existencia en Águilas se reducía a cero, por lo que el estruendo pareció que provenía de un trozo de montaña del pico de la Aguilica.

La sangre lamió la tierra y la cubrió con su sedoso color rojizo.

Por lo menos tenía la sangre como todo el mundo.

Roja.

—¡Se lo tenía merecido! —exclamó Carmen. Su puño trotó sobre la palma de su mano contraria o debería decir mejor; se estampó en un sonoro golpe seco.

Recuerdo que le sonreí abiertamente y la verdad es que no me hacía mucha gracia, pero, a veces los impulsos humanos son así.

—Como cada día os estáis turnando la jornada laboral, os voy explicando un trozo a cada una de vosotras y en parte me deja vacía.

—Pero ¿qué dice Elena?

Ahora sus ojos parecían dos bolas de billar.

—No nada. Son cosas más. A veces se vuelven nostálgicas las cosas que recuerdo...

—Pero si es una historia que se está inventando. ¿O no?

Moví la cabeza como una bola pesada.

—Digamos que rememoro.

—Alguien le ha explicado esa maravillosa historia. ¿Su abuelo? ¿Su tatarabuelo?

No contesté de inmediato.

—Si tú supieras.

—¡Esto no quedará así! —gritó Cecilio arropado por sus lacayos. Alejandro le estaba dando palmaditas en la espalda.

Aurelio se mordía los labios hasta hacerse sangre y Marco desvió la mirada hacia las gaviotas que habían levantado el vuelo como las almas de millones de muertos que el imperio Romano había causado.

Y el emperador, sentado en algún banco de su imperio, seguía esperando las diez uvas de cada mañana.

La gente de águilas estaba jaleando y con vítores a viva voz levantaban en volandas a Inisio, mientras aquel tarado yacía ahogado en su propia sangre.

Un águila imperial sobrevolaba la zona con ojo avizor a saber con qué intenciones.

El gigante no fue retirado de allí y al caer la noche, el águila bajó al suelo.

Inisio tomó una decisión.

Destituirlos.

40

—¿Y entonces el ejército o la legión se dividió y se acabó? — Marta estaba perpleja. Casi mostrando cierto enfado por no haber descubierto un final mejor. Solo la derrota del gladiador, pretoriano o gigante acababa con todo. Así, sin más.

—Se dividió entre el grupo de traidores y el lado que estaba en favor de Inisio, pero era ella, Sisha quien había ganado la primera batalla.

La miré de soslayo, y todavía seguía escuchando el incesante goteo de aquellas semanas tan tediosas y húmedas.

—¿Y nada más? ¿Convivieron separados?

Me giré hacia ella con un brillo en mis ojos que yo misma me veía.

—Hubo una segunda batalla. —Respiré profundamente y tras los pitidos de los mocos en mis pulmones añadí—. Se mataron vivos.

Valga la expresión aguileña.

## 41

No fue difícil tener espacio para la sangre y el sudor.

No fue difícil para encontrar suelo donde caer muerto.

No lo fue en absoluto.

—No quiero que vayas a la playa Inisio —le rogó Sisha con ojos llorosos. Le agarró del brazo y se zafó en él como una ventosa. Sin embargo, el brillo de sus ojos decían otra cosa.

—No quiero destrozarme así Sisha. El emperador no lo entenderá, pero he tomado una decisión. Tengo que dar el paso decisivo.

Inisio estaba tenso.

Ángel con su túnica blanca como si fuera un mago, estaba delante de ellos, en la misma puerta de la cueva y le clavó la mirada a los ojos de Inisio.

—Aunque es peligroso y para ellos, los romanos, tú eres el traidor, serás vencedor de tu fe —aseguró.

Y el joven diácono escribió algo en un papiro mientras Flavia lo miraba con curiosidad.

—Si muero en la gran batalla. Lo haré con dignidad —y volviéndose a Sisha, mientras le apretaba la mano, añadió—.

Siempre estaré a tu lado aunque sea en espíritu como dice tu dios.

—Alma —rectificó y se echó a llorar.

Un sonido que hizo hueco en las cuevas empotradas en las montañas, hasta alcanzara a los pájaros que volaban raso y sin piar.

42

—¡Se lio la gorda! —sonrió Carmen y es que los días iban pasando.

Mis dedos estaban temblorosos y apenas podía hacer presión sobre el bolígrafo, pero ahí estaba yo.

—No lo sé. Tengo que pensarlo —mentí.

Estaba a punto de arrojarme por el precipicio de los terrores.

43

No había gigantes, pero si una legión dividida y una parte de ella estaba exaltada con Cecilio. Tenían que honrar a su Roma emperadora del mundo. A través de un mensajero, el susodicho había enviado una carta escrita en la que explicaba con todo lujo de detalles que Inisio había traicionado al imperio. Otra cosa es que dicha carta sellada llegara antes que la sangre al mar.

—¡¡¡A la cargaaaaa!!! —Se desgañitó Alejandro. Tenía alzada la espalda y su caballo galopaba casi por encima de las gaviotas que volaron asustadas hacia un cielo rojo.

Esa alba iba a ser el último para muchos.

Inisio encabezaba la otra parte y sus dientes apretaban tanto que la dentellada era poco para el sonido que se escuchó, y

mientras recordaba algo que le había dicho Sisha. En un aprieto como este y se paró a pensar. Se llamó idiota con una voz interna que rebotó en todas las venas de su cuerpo. Cada fibra.

Soy árabe.

Y entonces él le había dicho:

*«Da igual. Solo cambia el nombre de ese Dios al que rezas cada noche. Mi amor contigo será siempre el mismo aunque quede solo en tu pobre corazón si muero en la batalla.»*

Y Celius o romín como cariñosamente lo llamaba, despegó como un toro en lugar de un caballo. Se enfrentaron a la gran final.

A la fe y el cambio radical de amar.

44

—No me lo digas. Y murió —acució Paca.

Esta vez le tocaba el turno a ella. Era una mujer mayor. Rondaba los cincuenta y era cariñosa, pero a veces me renegaba con mis manías.

No le contesté mientras la maldita lluvia tocaba a mi ventana.

Como un fantasma blancuzco.

45

Las espadas, los escudos, los caballos, las Gladias y sus propios cuerpos chocaron de forma frenética y ruidosa, como un

terremoto y los gritos enmudecieron en un baño de sangre. Unos caían antes que otros, pero todos iban a ahogarse en su propia sangre. Y después de todo, aunque en el aire había una densa nube empalagosa de sangre y sudor, también había una nube de polvo que se tornaba dorada a medida que el astro rey proyectaba sus ojos sobre ellos.

La espada de Inisio cortó cuellos y atravesó decenas de corazones. También él fue alcanzado por uno de aquellos filos brillantes. Alejandro le había alcanzado el brazo derecho, justo el que manejaba la espada, pero Inisio podía luchar con ambas manos y sin caerse del caballo entre tanto griterío y dolor, siguió moviendo sus brazos como los tentáculos de un pulpo en defensa.

—¡Me alegro de haberte conocido! —gritó Alejandro y guió su espada de forma diagonal al cuello de Inisio, pero fue frenada por la hoja mejor forjada que sostenía Inisio y cambiando el curso de los movimientos logró clavarle hasta la mitad de ella en el pecho.

—¡Eso mismo digo yo! —exclamó Inisio y empujó la espada hasta que la punta de esta sobresalió por la espalda de Alejandro, quien con borbotones que caían de su boca intentó decir algo.

Pero sus ojos se volvieron blancuzcos y expiró antes de caer muerto al suelo con la espada todavía dentro de él.

Cecilio que estaba en la distancia, en la montaña que precedía a la playa, consiguió ver la escena y le entró el pánico hasta tal punto que sintió como si alguien remara dentro de sus tripas. Nervioso se ocultó detrás de una roca que le sacaba dos pies a su cabeza.

Pero ella estaba esperándole.

Sisha lo apuñaló con su mirada.

—¿Tú? —atinó a decir Cecilio. No tenía más palabras. Estaba temblando.

—Sí. La princesa árabe de águilas que en realidad se llama Urci.

—¿Estas osándome a mí? ¿No eres ni siquiera cristiana?

—¿No odias solo a los cristianos? ¿Habría cambiado algo si yo hubiera dicho a los cuatro vientos que soy árabe?

—No lo sé.

Cecilio se agazapaba detrás de la roca y el griterío de los soldaos muriendo en la gran batalla repicaban en esas mismas rocas.

Sisha le mostró lo que tenía en su mano derecha.

Una Gladius.

46

Ana se tapó la boca con las manos.

Yo la miré sonriéndole y mi mire las manos.

La jodida lluvia seguía siendo persistente.

La nieve raras veces cuaja en Águilas.

47

Mientras Inisio fraguaba su espada contra la de Aurelio, Sisha había horadado el corazón de Cecilio quien graznó como un sapo mientras vop0mitaba sangre. Sus manos agarraron el filo de la Gladius y pudo ver durante unos interminables segundos agonizantes, el rostro hermoso de ella.

Sonreía.

Y el cayó muerto con un eructo.

—Púdrete cabrón.

Y el águila que arrancó los ojos del gigante se posó sobre una de las rocas, observándola con sus pequeños pero agudos, ojillos.

48

—¿Así que ese fue el final? —pregunto la chica joven. Esa auxiliar no la conocía de nada. Había entrado en mi habitación y mientras me hacia la cama yo le leía. Y a grandes rasgos le explicaba la historia desde el comienzo.

Creo que estaba dubitativa. Como si no tuviera emoción. Así que mi boca calló y tras asentir con la cabeza envié mis retinas contra el cristal de la venta. Sí. Esa jodida ventana que parecía velar por mí.

La única salida que tenía en mis momentos de más soledad. Y esa mañana, el sol me estaba guiñando el ojo desde detrás de una nube tan oscura como la boca de un lobo. Bueno, podría hacer más metáfora con esto, pero estoy cansada de escribir.

Pasado mañana cumplo un año más.

Y no sé cuántos tengo ya.

49

Cuando el mar se tiñó de rojo y ni las zozobrantes olas podían enviar ese color hacia alguna parte, Inisio seguía combatiendo herido de muerte y fue la Gladia de Marco, a traición por la espalda, la que cortó la tráquea del general, quien se dio la

vuelta; cogió la Gladia con fuerza y se la clavó en el pecho al pobre desgraciado.

Aquilae había caído en ese momento, en el que el moribundo Marco cayó al suelo.

Inisio con las manos tratando de evitar el borbotón de la sangre escandalosa, miró al cielo y rezó antes de caer muerto sobre la arena.

Y Sisha estaba allí.

Se tiró sobre él y derramó más lágrimas que la lluvia que nunca se ofrecía. Más lagrimas que el mar turbulento. Más lagrimas que su Dios viendo la injusticia.

Y lloró su muerte hasta que lo decidió todo.

Lo besó sin importarle llenarse los labios de su sangre y lo amó más allá de su muerte.

50

Carmen florecía llorando. No se lo podía creer. Cuando le leí este último párrafo, hasta a mí me entraron ganas de llorar, pero no hice. Me hice la fuerte. Al fin y al cabo era una novela basada en la invasión romana en Águilas.

—Pero sucedió algo —dije como un susurro.

51

Cuando escalo los treinta metros del pico de la aguilica, habiendo encontrado un momento en el que el anciano relataba a su

escribano para esconderse de ellos, se puso tensa al borde del precipicio.

Abajo las rocas y las olas teñidas de rojo la estaban esperando. Una lágrima cayó por el mentón y alcanzó el mar. Entonces algo lloró dentro de su alma, y dentro del mar. Algo lloró en Águilas. Y cerró los ojos antes de hacerlo.

Se dejó caer al vacío.

52

—¡¡¡No puede ser!!! —gritó Ana entre lágrimas. Sus manos estaban enganchadas en la piel de su cara y parecía querer arrancársela de dolor.

Yo asentí con la cabeza.

—Después de la caída de Aquilae, que fue unos años después, ahora no recuerdo cuantos. Águilas fue invadida por el rey árabe Hins A-Akila y reconstruyó el Castillo de San Juan de las águilas al tiempo que le puso otro nombre al pueblo.

—¿Que nombre?

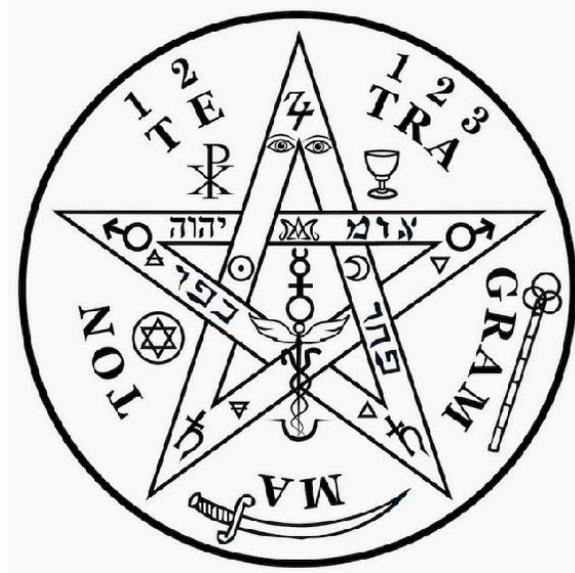
—Urci —respondí.

En ese momento entró Carmen. Hoy habían coincidido las dos. Cosa rara. Como también lo mío.

Recuerdo que cuando mi amado Inisio murió yo decidí quitarme la vida, pero sin embargo aquí estoy viva.

Todavía.

FIN



## Biografía del autor

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspenses y thrillers. En Amazon ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom" la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "La casa de Bonmati", "El vigilante del Castillo", "El Sanatorio de Murcia", "El frío invierno", "Otoño lluvioso", "La primavera de Ann", "Ojos que no se abren", "Crímenes en verano", "Mi lienzo es tu muerte", "El hombre del láudano", "Aquel frío

invierno", "Fin de cordura", "Pido perdón", "Solemn La Hora", "La mujer del Secreto", "El hombre que caminaba solo", "El asesino del año Boreal", "Lifey", Una cura", "AGUA", "Olvidada", "La mujer de la mansión" y "Confidencias de un Dios". Pero no serán las únicas que pretendo publicar este año. Hay más años. Muchos más.

---

[1] Caligae : sandalias claveteadas

[2] Sobre el casco (cassis) lucía una cresta (crista), que cruzaba lateralmente la cabeza. Algunas teorías de historia militar atribuyen la disposición transversal de este penacho a la necesidad de hacerse visible por la espalda para sus soldados.

[3] Gladius es un término latino utilizado para designar una espada, el cual se aplica de manera moderna al arma utilizada por las legiones de la Antigua Roma desde el siglo III a. C. hasta el siglo II aproximadamente. Tenía una longitud de aproximadamente medio metro y una hoja recta y ancha de doble filo.

[4] Fofa.

[5] Pluma para escribir, ya sea hecha con el cañón de una pluma de ave, con una caña tallada o con cualquier otro material.

[6] Las enseñas de Roma : aquilae

El AQUILA de las legiones

Traducción para «aquilae» al español idioma: «águila» — Latin-español. ... "aquilae"

Las águilas acompañaban a las legiones romanas a todas partes y estaban asignadas a la primera cohorte. Eran un símbolo de orgullo, pertenencia y adhesión a la legión. También se las consideraban un objeto de culto. Junto al águila el famoso acrónimo SPQR (Senātus Populusque Rōmānus 'El Senado y el Pueblo Romano').

[7] Cada uno de los soldados veteranos que en la milicia romana formaban parte de un cuerpo de reserva. TRIARIO

[8] La Espada Gladius de la Antigua Roma es arma blanca de doble filo utilizada por las legiones romanas.